

El juicio de los parricidas argentinos, o el memorial ajustado del amicus curiae oriental

Alfredo Grieco y Bavio

A la amistad particular de RA, *gesuita perfetto*

“En algún momento en que debió valorar esa experiencia, el crítico Rodríguez Monegal destinó a Contorno la expresión parricidas”.¹ Estas son las primeras palabras de la primera página de la reedición nacional de la revista Contorno. Sin reticencia, el director de la Biblioteca argentina daba por descontada la significación histórica de *El juicio de los parricidas: La nueva generación argentina y sus maestros* del uruguayo Emir Rodríguez Monegal (Rodríguez Monegal, 1956). No sin renuencia, Horacio González ratificaba una vigencia literaria crítica y la vigente autoridad de un crítico. Consumada felicidad de un consorcio de circunstancias único, que abría para quienes en el futuro desafiaran al funcionario público kirchnerista un futuro de derrotas en el superar o aun emular la solemnidad de este homenaje canonizador.²

Para un crítico e historiador literario, ¿qué reconocimiento más tangible que el hecho de que la mención de su propio nombre propio resulte más inseparable, más impostergable, más prioritario, al momento de la canonización de una obra, que el de los propios autores? En el íncipit de Horacio González, con doble autoridad, institucional y autoral, *Contorno* y ERM quedan enlazados sintácticamente medio siglo después del libro de 1956 donde el crítico oriental había convocado bajo el signo del parricidio a la generación argentina de 1945-1955. Ni el todo, ni el núcleo, ni la vanguardia del personal o escuadra parricida compone el *index nominum* de firmas y seudónimos de esta revista porteña.³

1 Horacio González, 2007, I.

2 La edición oficial que Horacio González preludea ha dignificado a *Contorno*, reproduciendo cada página de la revista porteña en legible facsímil gráfico, reunido sus diez números y sus dos suplementos (1953-1959) en un volumen *omnibus*, un serio *coffee-table book* de gran formato y tapa flexible a tres colores –el tercero es el rojo, en tonalidad asíntota del punzó.

3 La irradiación intelectual creciente de *Contorno* no ha sabido de pausas o eclipses en los servicios prestados a la pedagogía nacional. Luminosidad tan temprana e incandescente animó a sus directores y fautores la periódica renovación –sin discontinuidad hasta el



El juicio de los parricidas procede como quien cuenta una historia que tiene que contar, como una crónica razonada, como una argumentación que hubiera hecho de la narración su ministro plenipotenciario. Narrativa antes que sistemática, documental antes que conceptual, *fons et origo* de la crítica de ERM es su idoneidad para un *close reading* igualitario. Examen de un corpus de textos cuyo vínculo es la cita, método que demuestra hasta qué punto es replicable por ser inexorablemente replicado por un ERM que ni una sola vez varía su recorrido, o se saltea sus pasos. Tráficos y descubrimientos, acciones y reacciones, deudas y créditos, límites y renovaciones de la generación intelectual de 1945-1955 son llamados a la existencia a partir del progreso de la lectura de ERM, que ha avanzado texto por texto, leyendo de a uno por vez, pero en cada uno releendo a sus antecesores.

La más conservadora de las ergometrías, dirigida a calcular los trabajos que insumen las lecturas de que da cuenta *El juicio de los parricidas*, aun restringiéndolas al ámbito argentino, adiciona mayor número de días que las semanas que transcurren desde la fecha del primero hasta el cuarto de los cuatro artículos del semanario *Marcha* en cuya publicación conjunta consiste la sustancia del libro. Es contra-intuitivo, pero necesario, hacer a un lado una convicción cuyo solo sustento es la agustiniana “autocertidumbre de la conciencia interna”:⁴ leído el volumen, a la viabilidad de su construcción parece imprescindible el que las lecturas sobre la década 1945-1955 hayan sido coextensas a esos diez años, y pernicioso el que hubieran sido concentradas en un período de investigación intensiva al final del decenio.



La que acabamos de formular es conjetura de aquellas que ERM es inocente de cometer, pero no de provocar. Porque su ensayo crítico no es de aquellos que narran también *el trabajo del crítico*, el proceso por el que descubre o urde un entramado textual en su labor misma lectura, recopilación y ordenamiento de los documentos pertinentes para su *biographia literaria*. Es *biographia*, porque su fin en trazar el decurso de historias de intelectuales cuyo dinamismo es activado por sus conflictos; es *literaria*, porque el propio dinamismo de su crítica no tolera más impulso movilizador que el de los documentos escritos. Esta es una condición mínima y determinante de la crítica literaria: leer es restituir un corpus textual, a partir de *membra disjecta*.

hodierno horizonte de los 101 años del aniversario de ERM–, de las consignas que habrían guiado su variedad, estudios, reflexiones, aproximaciones, mensajes, situaciones, higiene, pretextos, juicios, veredictos y adversarios. La primera de esas redefiniciones ocurre después de septiembre de 1955, después de la caída de Perón, y de la publicación de los textos que integran *El juicio de los parricidas*. En el editorial del n.º 5-6 aluden a ERM, necesitados de complejizar o multiplicar las vías de interpretación de los números anteriores, únicos de los que ERM trata en *El juicio de los parricidas*, urgidos por señalar como latente, ya que no patente, la preeminencia política de dos ejes cuya magnitud físicamente despreciable, no con reproche, no con benevolencia, había singularizado y consignado ERM: el peronismo y la Universidad.

4 Mansilla, H. C. F. *Memorias razonadas de un escritor perplejo*. Santa Cruz de la Sierra: El País, 2009, 11.

Para el crítico, la dispersión y el ensimismamiento de los textos es el dato primero. Principio necesario para vincular un texto con otro es leer uno y otro. Pero insuficiente. Porque los textos que a ERM, aquí solicitan son ensayos críticos, interpretaciones intrépidas y sin remordimientos de otros textos cuya autoría ha de buscarse tan fuera del grupo etario y social de la “nueva generación” como dentro del ‘círculo rojo’ que orienta el mercado editorial y los órganos de prensa culturales de la sociedad civil argentina. Instituciones que gozan, hasta la crisis final del peronismo, de una libertad de acción mucho mayor de la que gustan reconocer, y que deben el *benign neglect* del Estado a que no esperan ni solicitan recursos de él, sino que antes bien fundan su prestigio en jamás dar un paso para acortar esa distancia que separa, pero cuya preservación sin embargo une en la estabilidad de la comunidad organizada, de la *concordia ordinum*.

Hay así un corpus dentro del corpus, un universo de referencias textuales que también ha de ser reconstituido. Si es posible, de antemano, y no *a posteriori*. Pero ocurre que esta reconstitución segunda, en los hechos, es una constitución primera, a fuer de previa.

Según informa ERM al fin del volumen de la porteña editorial Deucalión, ya había llegado en el Uruguay, en Montevideo, en el semanario *Marcha* (aunque ni solo en esta publicación, ni solo en este grupo), la generación del 45 uruguayo a una configuración alternativa del corpus textual de los “maestros” de los “parricidas”. El que esta reconstitución sea más completa y menos inexacta que la argentina, se halla en relación directa con lo menesteroso de su fertilidad para la *biographia literaria*. Porque esta concluye cuando la línea acaba de unir los puntos de las figuras de la generación lectora a partir de sus lecturas, que son sus ensayos críticos. Hay *biographia* de los críticos, a partir de sus textos; no la hay de los autores que esos ensayos interpretan, por los obvios motivos de que están en la otra orilla, de que los separa el Plata, de que este límite internacional los hace extranjeros, y aun cuando se propusieran interactuar con ellos, el duelo nunca ocurrirá, y toda confrontación será tan indirecta como las ganancias o pérdidas de victorias y derrotas en el conflicto: no hay un espacio común para disputar.

Antes que epopeya, es drama y aun tragedia *El juicio de los parricidas*. Observante la unidad de tiempo, el peronismo 1945-1955 como si fuera un único día. De lugar, Buenos Aires, la ciudad capital como escenario. Y de acción: muchas víctimas llamadas, pero tres elegidas –Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges–; muchos criminales, pero la asociación o disociación ilícita es para cometer un único crimen serial –el parricidio–.

Padre es una cosa que empieza con P

Las historias de *El juicio de los parricidas* guardan una solidaridad más mecánica de lo que los parricidas gustaría admitir con la Historia de su decenio 1945-1955 cuando los padres mueren por homicidios foráneos o parricidios patrios. Este arco emerge con la Caída del Führer en Alemania, las Bombas que derriban al Emperador en Japón, y las Masas periurbanas que someten al gobierno militar en Argentina, y se sumerge y cierra con la Caída de Perón en los brazos de Stroessner en Paraguay, pronunciada por el Suicidio de Vargas en Brasil. Diez años de muertes violentas y exitosas de líderes políticos, de cambios de régimen y asunción de nuevas autoridades cuyas voces se oyen resonantes gracias a la acústica de los silencios que siguen al alto el fuego. Desde la ciudad junto al río inmóvil, son espectadores atentos y perspicaces de avasalladoras promociones o conmociones generacionales rotuladas según las muertes súbitas, tardías, violentas, esperadas o inesperadas de madres, padres, señoríos: la derrota del nacionalismo chino por el comunista Mao en 1949, la muerte de Eva en 1952, la de Stalin en 1953, el parricidio del culto a la personalidad estalinista en el Congreso del PCUS de 1956, también en 1956 el suicidio en Suez del imperialismo franco-británico (en contra de cuya paternidad putativa se había alzado dos décadas antes en Argentina una falange parricida de ensayistas revisionistas). También otras dos situaciones de acceso al poder de dos generaciones nuevas. La fundación del Estado de Israel y la Revolución Boliviana de 1952 son el fruto de un obrar al que cuadra una caracterización invertida especularmente punto por punto a la que ERM trazó como límite para los parricidas argentinos de 1945: beligerancia crónica de las tropas reservistas, dispersión aguda de las tropas en el frente, arrogancia doctrinaria, fragilidad traicionera de las cadenas de mando, predilección sin desvío por las armas dialécticas más cruentas: en suma, baja capacidad de victoria.

Aunque canora como pocas, no es Horacio González rara ave solitaria en responder a la fascinación del autor de *El juicio de los parricidas* con un reconocimiento amplio que se exime de limitantes exactitudes filológicas. Sin embargo, no juzga limitador el trasmutar este libro en reconcentrado estudio del grupo de *Contorno*. Una metamorfosis que inhibe el subtítulo *La nueva generación argentina y sus maestros*: si deja en claro tanto el tamaño de su ambición también reclama su alienación del propósito de revelar los nombres y fijar la topografía de centros y contornos. En el caso de este aserto inaugural de González, importa menos su interpretación restrictiva, que la convalidación, por vía del uso, de la aproximación crítica en que ERM nos situó. “*Contorno* en el centro”, iniciado con el enlace entre Rodríguez Monegal y *Contorno*, concluye con la alianza entre la revista y el sostén de su vigencia, que arraiga en “su mito parricida” que “sigue en pie”.



Un libro inicial, un libro único

Por un alto número de cruces y señales, conexas pero independientes, *El juicio de los parricidas: La nueva generación argentina y sus maestros* (1956) se afinsa, o extravía, en un lugar aparte, o apartado, en la bibliografía de ERM, cada vez más abundante, cada vez más exotérica, en correspondencia con posiciones universitarias y editoriales alcanzadas fuera del Uruguay y fuera de América Latina. La producción crítica de ERM empezó a concentrarse en una función al tiempo que se dilataba el mundo de sus asuntos y la frecuencia y extensión de sus publicaciones: abrir, fundar, proseguir una comunicación entre ámbitos y medios literarios que guardaban distancias e ignorancias asimétricas entre sí.

Cumplía el cometido que señala la definición hauseriana del crítico: ser el portador de una mediación. A fines de la década de 1940, a partir de abril de 1949, ERM había cumplido una mediación crítica en el sentido inverso del tráfico transatlántico, al asumir definitivamente por diez años en *Marcha* la dirección literaria de la revista, y en su interior, la rúbrica “Literatura Extranjera”.

Concluida la década de 1950, objeto de las publicaciones de ERM serán las letras latinoamericanas, en términos continentales, hemisféricos, transatlánticos (y atlantistas), internacionales. En especial la literatura del siglo XX, en especial la contemporánea, muy en especial la narrativa de un *boom* novelístico del que fue actor siempre a veces desairado y espectador jamás suspicaz pero jamás engañado. Temas y problemas, figuras y fenómenos que un ensanchado público, si no ignoraba por completo, conocía solo en parte, por lecturas discontinuas o antológicas, sin referencias históricas, culturales, contextuales familiares o adquiridas. No es connacional, ni binacional rioplatense, ni regional, ni sudamericano, ni siquiera propiamente hispanoamericano, el nuevo público de ERM Es el de una Iberoamérica que ahora no solo no excluye, sino que incluye, y en primer término deferente, a ‘los Estados Unidos potentes y grandes’ del rubendariano poema a Roosevelt de 1904. Es ahora internacional (diferente de multinacional), plurinacional (diferente de multilateral), multiétnico (sin ser multicultural) plurilingüe (pero no políglota). La audiencia ha cambiado de estatuto, solo marginalmente de composición. En proyección, es la misma muchedumbre solitaria que leía *Marcha* en 1954-1955, ampliados los números; son *the faces in the crowd* las que son muy otras en el último cuarto de siglo de vida del crítico uruguayo, y la juventud es la menos relevantes de las diferencias. Cada vez más, cuando escribe, ERM *habla*, y si conversa menos, *c’est pas sa faute* à lui.



Hörspiel y *Biographia Literaria*

Sucesivos libros y artículos de ERM, académicos o de periodismo cultural, continuos en rítmica publicación concertada, cumplirán su cometido prefijado de *haute vulgarisation*. La *biographia literaria* será forma predilecta. De la página aislada al volumen monográfico, de la reunión de entrevistas al *reader* o antología, a partir de 1960 ERM organizará cada texto como *survival kit* o *briefing* de información necesaria y ante todo suficiente. No faltará el sistema de causas y efectos, de planos de importancia, de dinamismos del gusto, de difusión y recepción, de simpatías y repulsas, nunca concluirá sin auditado balance de renovación y experimentación formales, de las resignificaciones sociales y políticas de la literatura en cada *biographia* individual, o en cada coro de solistas (ante los colectivos se detiene, por desconfianza en sus instrumentos críticos antes que por inclinación o doctrina individualista ninguna). Nunca inmisericorde, nunca desapasionado, ni una vez suspendió el juicio o desdén pronunciarse sobre la misión social de la profesión literaria en un subcontinente que cada día contaba con menos motivos sustentables que enumerar para atizar aquella euforia de una revolución posible que una aislada Cuba cada vez más rancia había encendido precisamente al tiempo de la ‘internacionalización’ de ERM.⁵

5 El cromo del presentador *middle-brow* de la literatura del Sur en el Norte, de bróker de América Latina en mercados editoriales y universitarios ahora sabedores del retorno redituable de la inversión, secuenciado en la historieta del inteligente y bien financiado destilador de un sistema de antidotos a la intoxicación del proyecto de Casa de las Américas y análogos, fue tan propicio sulfurar, fue tan unánime su indemnidad, fueron tan escasas las actas notariales de aun el más ocasional pentimento sin remordimiento, es tan laboriosa cualquier restauración, que sorprende cuán rápido que ha desteñido ese mural portátil, cómo sus automatismos se han desactivado y cómo aquellas asambleas hostiles, inermes, solo tienen beligerancia para declarar un cuarto intermedio. Al reparar los títulos de lo publicado por el ERM mundializado, son inhallables sus disensos, polémicos o serenos, respecto del canon contemporáneo; si difiere del de La Habana, es por el retener figuras exiliadas o marginalizadas –ni sustituye ni desplaza ni rejerarquiza ERM Es más inclusivo, nunca estructuralmente contrastante. (Otra inquisición, acaso más rica en consecuencias posibles, podría nacer, a contrario, del mero registro de tan flagrante ausencia de ‘pulsión parricida’ en el crítico oriental). Una historia de la recepción de estos títulos pondría aún más de relieve otra coincidencia con el programa cubano. Porque las literaturas latinoamericanas mantenían, con España y con Europa, y con metrópolis imantadoras regionales, relaciones más intensas y extensas que las pocas y aun nulas que se registraban en el hemisferio, escindido además sin irrigados vasos comunicantes entre Brasil e Hispanoamérica. El nuevo sistema de premios literarios, de editoriales intracontinentales, y de revistas dedicadas a la información sobre la actualidad bibliográfica latinoamericana con un público subcontinental, cambiarían la situación, y las iniciativas extremosas, que sus detractores atribuyen megalómanos, generosos, a la KGB y a la CIA, al oro de Moscú y a las automotrices de Detroit, se abrazaban más de lo que se tocaban. Con estas publicaciones, ERM sufrió el éxito: hasta tal punto cuanto escribió se volvió sentido común aceptado, en las generaciones posteriores, que la novedad inicial solo puede reconstituirse por un trabajo de comparatística y genética voraz en su disciplina e ingrato en espectáculo. Visto *El juicio de los parricidas* desde la perspectiva de estas publicaciones posteriores de ERM –en especial, de todos los libros que siguieron a este primero–, podemos extraer un corolario más. Porque ERM ya no vuelve a escribir sobre los autores de esa generación argentina a la que estudió con diferencias latentes pero patente simpatía. Las carreras de todos ellos –los que menciona– estuvieron coronadas por un buen éxito de una calidad, solidez y dimensiones



El juicio de los parricidas se ubica en el más opuesto de los extremos a esa masa de crítica latinoamericanista. Aquí, ERM enfrenta desde el otro lado la asimetría. Porque publica, en Buenos Aires, un libro cuyos contextos, referencias, figuras, biografías, ramificaciones son mejor conocidos por el público argentino que por el del autor uruguayo. No se describen los espacios

incontestadas que nada hacía prever cuando ERM reunía en volumen sus artículos de *Marcha*. Sin embargo, la *cualidad* de esa recepción consagratoria no haría de ninguno de ellos ni superventas en la onda expansiva del *boom*, ni un escritor 'latinoamericano' de ficción, pero tampoco un ensayista, cronista, crítico literario de proyección transnacional como Ángel Rama, o Carlos Monsiváis, o Lisa Block de Behar, o Josefina Ludmer, o Ricardo Piglia, o Antonio Candido, o aun Carlos Real de Azúa, con la deliberada injusticia del desorden acrítico, que solo da cuenta de los 'grandes números', del kilometraje en los brevets de circulación transfronteriza. Escritores más cargados en años, como Ernesto Sabato (n. en 1911) o Julio Cortázar (n. en 1914), se volverían ídolos de la *youth culture*. Es significativo que ERM regrese con algún detalle a David Viñas (Rodríguez Monegal, 1967, 75-84) para celebrar sin intercalar cláusulas condicionales o concesivas el cubano Premio Casa de las Américas otorgado a la novela *Hombres de a caballo* (1967). Hasta tal punto ratifica este artículo los planteos de una década antes, que ERM injerta en su texto, sin comilla, remisión o referencia, como si fueran de 1967, como si hubieran sido escritas para *Mundo Nuevo*, páginas de las publicadas en *Marcha* en 1954 y en el libro de 1956. Pero después la ojeada retrospectiva se eleva para abarcar el paisaje después de la batalla. Si la mirada de *El juicio de los parricidas* se extendía desde el presente de 1956 hasta 1955, la de la biographia literaria de Viñas y su situado entorno sintetiza en 1967 un decenio de consecuencias culturales argentinas advenidas desde que la generación amonedada como 'parricida' en la fórmula del libro de 1956 había dejado de serlo precisamente desde entonces: "Vista a más de una década de distancia, buena parte de la labor de demolición- emprendida por los parricidas parece hoy superflua [...] en tanto que. otra parte resultó simplemente excesiva" (Rodríguez Monegal, 1967, 76). Superflua, porque para la sola demolición duradera de 1955, para el solo parricidio vigente en 1967 –el de Perón y su gobierno–, era innecesaria la generación parricida, e irrelevantes sus campañas polémicas. Excesiva, porque, al fracasar en tentativas homicidas que se frustraban aun antes de siquiera herir, habían gastado energías productivas cuyas reliquias hegemonizaban el archivo generacional. Las Fuerzas Armadas habían derribado a Perón sin los parricidas (habían sido innecesarios), las instituciones que los parricidas habían querido tomar por asalto estaban tanto o más robustas que antes (habían sido contenidos). Las evidentes promociones que ERM constata en 1967 se deben al triunfo sobre el Estado peronista de la Revolución Libertadora que a partir de 1955 reformuló las instituciones públicas de la Administración, la Educación superior y la Cultura, y al abandono del programa parricida por la generación de 1945. Si el triunfo final de las instituciones privadas del mundo editorial y de los medios culturales que vieron culminar en una victoria su resistencia de diez años de 'tiranía' no fue la derrota final de la generación parricida, esto se debe a que de la guerra que ganaron otros (sin ellos) al derrocar a Perón obtuvieron beneficios en el ámbito público que eran incommensurablemente más grandes que los mayores que cuantos llegaron a imaginar como premio en las instituciones culturales privadas si hubieran prevalecto en la guerra contra ellas en las que fueron derrotados. Ratificadas en 1967 las hipótesis de 1956, ERM veía fortalecidos los contornos de un cuadro de situación que al ser comunicado movía a un tiempo a la convicción y a la extrañeza. La robustez del localismo de la escena cultural porteña, incluso en su contorno regional más inmediato, la descalifica, por la densidad de sus referencias históricas concretas acumuladas, para la *Weltliteratur* cosmopolita. La paradoja es que esto le ocurra a una literatura producida desde la ciudad y el país acusados de impenitente europeísmo, supremacismo blanco, afrancesamiento del pensamiento crítico, anglofilia del gusto literario. A estos argentinos les faltó la tradición que Borges declara, como le interesa publicar al tiempo de la *acmé* de los parricidas, en la reedición *aucta*, 'antinacionalista', de *Discusión* (1957), que es la del escritor argentino, y que es el universo. Un Borges que coincide con el primer libro de Sabato, el de los ensayos de *Uno y el universo* (Sabato, 1947).



urbanos, ni exteriores ni interiores, ni los lugares de encuentro, de tránsito, las restantes formas y ambientes de sociabilidad porteña propias de maestros y de parricidas a los que no vemos caras, cuerpos, ropas. Como en un radio teatro, no se ven escenografías ni decorados ni vestuarios ni camarines ni telones ni bastidores ni apuntadores ni plateas, palcos y paraísos: sin melodrama, sin música, la narrativa despojada acaba por parecerse a un noticioso Boletín de Radio Colonia, donde toda voz es en *off*.

Aun si el crítico fuera irreprochable en su proceder según el método de la *biographia literaria*, y nunca descuidara sus deberes de lectura de primera mano de la totalidad de las obras publicadas por los maestros del 25, de los textos críticos compuestos por los parricidas del 45, y, no menos importante, del conjunto de la restante crítica que se hubiera ocupado de los maestros desde sus inicios, y de las críticas a la crítica de los parricidas, y el retrato colectivo construido con estos onerosos insumos fuera irreconocible para el público local, la empresa habría debido replantearse sobre bases nuevas.

Ampliando el catálogo, la singularidad de este libro insiste, subsiste, y persiste, al recorrer la biblioteca, entre las fichas y los estantes de la historiografía social y literaria rioplatense, si no sudamericana, de la segunda mitad larga del siglo XX. Y aun entre los títulos que después se dedicaron a la región y al arco comprendido entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el ataque a las Torres Gemelas en la República donde ERM murió en el primer año de la segunda presidencia de Ronald Reagan. Debe esta singularidad a su método, a su tiempo, a la percepción presente de su objeto, y a su punto de vista.



El juicio de los parricidas es el primer libro de ERM, si descontamos el folleto *José Lins do Rego y algunos problemas de la novela brasileña* (1952), y es el primero, el último y el único que el intelectual uruguayo consagra a la escena contemporánea de una cultura nacional extranjera. La de ERM es una historia de dos ciudades, de Buenos Aires desde Montevideo, de una 'generación de 1945' argentina desde la 'generación del 45' uruguayo. Los dos países que separa el énfasis del Río de la Plata se ven unidos por las vidas paralelas, o el paralelismo entre las vidas, de dos élites culturales. La analogía se afianza por una puntual coincidencia analítica en las generaciones. Con el fin de una Segunda Guerra Mundial donde las simpatías por el Eje o por los Aliados habían quintaesenciado las diferencias entre los gobiernos de las orillas occidental y oriental del Plata, sonó la diana del clarín que llamó a la *circulación de las élites* porteña y montevideana.

Como las voces que rogaban a la doncella de Orléans que salvara a Francia, esa diana era inaudible en la multitudinaria intemperie rumorosa, fuera de los muros del cráneo de los *clercs*. Ni el título ni el subtítulo de 1956 lo anticipan, pero en 'nueva generación argentina' la novedad no debe entenderse cronológicamente en términos de 'clase' militar o etaria, sino de grupo hermanado porque el homicidio de los mismos Maestros los hace huérfanos de los mismos padres. Tampoco se arroga esta nueva generación

ninguna representación juvenil, laboral, nacional, o porteña, ni ERM le adjudica alguna representatividad superior. La nueva generación de *El juicio de los parricidas* es una generación de intelectuales argentinos de 1945. Que son descubiertos, seguidos y perseguidos, en el desempeño de una sola de sus actividades, una sola de sus “incursiones en busca de su realidad”,⁶ la crítica literaria. En la tapa del libro está impresa una cita escogida del final del volumen, que ciñe cuál es su tema y problema: la calibrada, y eficaz, funcionalización de la crítica por una generación a la cual el “valor literario” interesa poco a fuer de interesada en “el mundo en que ellos están insertos”. Si de tres magisterios, los de Martínez Estrada, Mallea y Borges se ocupa ERM, la selección se debe a su constatación estadística de mayor frecuencia de tentativas de parricidio; no son seleccionados a partir de una previa asignación de valor superior. A ellos dedica ERM, sucesivamente, los tres primeros capítulos del libro. Si el ordenamiento es artificial, porque la generación intentaba sus parricidios de manera simultánea y no progresiva, permite, por los contrastes, una mayor riqueza de distingos analíticos.

Buenos Aires, una ciudad sin Torre de los Panoramas, y sin *Marcha*

Nacido en 1921, mayor en un lustro decisivo que la edad promedio de los intelectuales de su generación argentina, ERM no es más precoz, es menos joven. Si ha leído más, es porque empezó antes; si no tiene los mismos gustos estéticos, ni los deriva de las mismas ideas y creencias, unos y otras integran las mismas referencias culturales, compartidas. Ha leído con la misma atención, y con la misma, y a veces mayor frialdad, a los mismos maestros e ídolos literarios e intelectuales argentinos nacidos con el siglo y que al llegar a 1955 era imposible no advertir que habían ejercido sobre el público lector y la opinión pública, sin esfuerzo aparente, una regencia que a lo largo del decenio se había consolidado, o esclerotizado, pero no erosionado, ni menos reducido o sustituido. Aquí emerge una asimetría, primera entre muchas (ERM solo mencionará dos, determinantes por sobre todas). Ni abstinencia ni renuncia, el desinterés de los intelectuales argentinos por las literaturas uruguaya y brasileña, que ERM ya había dado pruebas de un conocimiento seguro, iba de suyo, estaba fuera de cuestión, y fuera de la vista como *invisible*. A las lejanías horizontales que abren el espacio y ensancha una latitud de lecturas continentales corresponde en ERM un desinterés que es reflejo invertido del de los argentinos. Del que rehúye o se desentiende de dar cuenta porque va de suyo en el curso progresivo de intereses que sí declaran sus señas de identidad, que entablen una relación de repugnancia creciente con la



⁶ Emir Rodríguez Monegal. *El juicio de los parricidas: La nueva generación argentina y sus maestros*. Col. “Ahora y aquí”. Buenos Aires: Deucalión, 1956, 106.

interpretación nacional de la literatura y con la literatura interpretación de la nación. Hay también una distancia vertical, temporal. No solo ha leído antes, ERM, también se ha convertido, antes, en lectura para los argentinos que él lee en *El Juicio de los parricidas*. Todos los sábados, recuerda Sebrelí en varias ocasiones, compraban el semanario *Marcha*.

La comunidad cronológica del origen gemelar de las generaciones uruguaya y argentina, sellado por la fecha, cifra y símbolo 1945, se veía reforzada por una común certidumbre acerca de la fatal misión histórica que consideraban suya, y solamente suya. Si no se proclamaban –la generación sesentista y setentera– nuncios de una salvación tan veloz y camaleónica que los cambios de vestuario y sin salir de escena, de profetas a mesías, sí se creían –como en el *ambiente espiritual del 900*– salutíferos portadores y trasmisores de una palingenesia de la que no dudaban al encontrar en ellos mismos la *probatio probatissima*, tan a la mano, tan abierta al escrutinio, de que había ocurrido. Nuevos tiempos a la espera de un mundo nuevo. Ni percibieron discontinuidades ni pensaron inconmensurable su propio destino con el de la cultura nacional. Lo que resulta en primera instancia excusable, a fuer de inevitable, a la espera del dictamen sobre la autenticidad o vigencia de las justificaciones.

El juicio de los parricidas es una epopeya superpoblada de antihéroes. Una rapsodia, entonada con épica sordina, de las derrotas no siempre incondicionales de la guardia vieja de 1925 y de los triunfos no siempre pírricos de la vanguardia fresca de 1945. Una crónica de una guerra civil argentina que no ensucia con patetismo las desdichas del paisaje de después de las batallas entre facciones, que se fragmentan y prolongan o degradan en escaramuzas y emboscadas de pelotones y francotiradores. Ha sido compuesta por ERM desde una distancia que no es la de la ironía, desde la victoria más módica, no incontestable pero ya en 1955 poco contestada, de la generación uruguaya de 1945.

El exordio del libro, antes del inicio del relato, es el sitio primordial que elige ERM para dejar constancia de una circunstancia que es de público conocimiento, pero que de no ser enunciada, y aun de no colocarse aquí esa enunciación, lo volvería eventual blanco u objeto de las preguntas que él se responderá en los argumentos que leeremos a continuación, después de habérselas dirigido a actores y compañías de la generación argentina de 1945. Apunta ERM que no habría siquiera esbozo de plan para la concepción y organización de la tabla de materias del libro sin el reconocimiento originario de la incongruencia de status léxico y correlato institucional entre *generación de 1945* uruguaya y ‘generación de 1945’ argentina. Este visible, notorio desnivel taxonómico queda graficado por dos signos diacríticos, *itálicas* y comillas simples, que a su turno se ordenan según dos sistemas categoriales discontinuos. La letra impresa devela la asimetría que velan las homofonías de la oralidad. Esta señalética entrega las señas de identidad del progenitor:

el desigual progreso de la historia social y cultural uruguaya respecto de la argentina. La proximidad de los rieles por los que cada una había marchado volvía más limpia la comparación, que llevaba a inferir que, si había alguna relación constante entre las dos evoluciones nacionales, ésta era la de asimetría.

Que la tipografía toque al Uruguay se debe al uso lingüístico local, a que la frase ya sea cliché, fórmula o definición amonedada: el propio nombre propio de un conjunto individualizado, el sustantivo colectivo que designa y encinta a un grupo de nombres propios de individuos también conocidos como, y por ser, miembros del conjunto, que a su vez no existiría sin el perfil común que ha completado la adición de sus acciones individuales, a solas o en común. La incorporación de la fórmula *Generación del 45* al vocabulario de uso corriente, con una difusión paralela y comparable en extensión a la del público lector montevideano y nacional, da testimonio de los logros de la generación uruguaya de 1945, que existe, subsiste, actúa: cuando sus miembros titulares entran en acción, se los identifica por esta pertenencia.

Al punto de circular, en el Uruguay, con la preferente denominación abreviada, *generación del 45*. Esta discontinuidad de status léxico entre las dos orillas, que aquí grafican dos signos diacríticos a que su vez también se ordenan en dos niveles categoriales discontinuos, tipográfico en las *itálicas*, de puntuación en las comillas simples. Entonada con épica sordina la desde menos desasosegante colina, el mejor protegido montículo o el montículo de otra élite que, si no ha ganado su guerra, ha salido triunfante de sus principales campañas.

Son dos generaciones de *intelectuales* en sentido lato, antes que generaciones literarias en sentido propio o figurado. Y también son *generaciones* en sentido lato. La nueva generación es desde luego la más joven. Pero tanto ERM como los portaestandartes, autodesignados o elegidos, del 45 argentino, abjuraron del juvenilismo como rasgo distintivo. Así lo proclama Sebrelí en el primer artículo que cubre la tapa del primer número de *Contorno*, “Los martinfierristas, su tiempo y el nuestro”.⁷

Ni *Schadenfreude*, ni *cautionary tale* adulto *ad usum* de padres abandonados e hijos violentos, de magisterios concursados en busca de discípulos en busca de maestros y universitario sin plaza ni diploma desgastados por el uso de la rebeldía con causa y sin aciertos. Tampoco fábula rioplatense expurgada sin arte ni parte del mortificante estribillo de moraleja oriental. Ni tampoco lección a los desposeídos argentinos en el volumen porteño que reúne los cuatro grandes artículos montevideanos.

7 Juan José Sebrelí. “Los martinfierristas, su tiempo y el nuestro”. *Contorno*, n.º 1, noviembre 1953, 1.

Si las tropas de la generación uruguaya de 1945 han avanzado más rápido, en líneas menos zigzagueantes que la generación argentina del mismo año, y han sabido ocupar posiciones estratégicas y construir defensas sólidas difíciles de ser tomadas, y mucho menos recuperadas, por asalto, halla una explicación fácil, brutalmente simple, en que su guerra era más fácil. A lo que se añade la empiria crasa y demográfica de las legiones que se enfrentaron a uno y otro lado, en suelo oriental, país de cercanías, sociedad amortiguadora, eran menos supernumerarias.

Zonas y *stalkers*, o los libros, la noche y la calle

El tinglado de la antigua farsa, el que Crispín invita al público a abarcar con una mirada, vacío, antes de que lleguen los personajes de *Los intereses creados*, está en Buenos Aires. Es un *milieu* local antes que nacional, en esa cabeza de Goliat donde el *hinterland* de las crueles provincias es una presencia nocional aunque el desenlace de los conflictos de las dramáticas personas que circularán en ese horizonte de cemento, piedra y asfalto se hará sentir, perdurable, en la Nación Argentina. Con un punto de vista adecuado, y de sin embargo mediocre elevación urbana, se lo podría abarcar entero, sin necesidad de mudar de mirador para esa observación completa.

Es un perímetro de la ciudad Capital Federal con nítidos deslindes y aristas cortantes,⁸ una ciudad junto al río inmóvil, una Buenos Aires misteriosa por retener como centro de máxima imantación una esquina del barrio de Retiro, arriba del Bajo, de la estación de trenes y del puerto. En una misma manzana, distaban apenas un centenar de metros entre sí, numerando sus puertas según el nomenclátor porteño las chapas 689 en calle San Martín y 430 en Viamonte, en dos edificios asimétricos en sus aspiraciones y consecuencias monumentales, funcionaban dos instituciones, una privada y otra pública. La primera es la ciudadela de los padres, la segunda el cuartel general de los parricidas. Sostienen la trama de *El juicio de los parricidas* las sucesivas



8 La ubicación cartográfica exacta como exigencia de la crítica de 'la otra orilla' sobre la literatura argentina figura ya en el primer texto de ERM sobre Borges, donde data el fin del desconcierto y desacierto verbal vanguardista en el instante en que la poesía "ha descubierto un territorio: Palermo atardecido [...] sus calles suburbanas, sus ponientes repetidos" (Rodríguez Monegal, 1944, 15). En su recapitulación "La otra orilla: Nueva perspectiva", capítulo quinto y final de *El juicio de los parricidas*, donde explicita perspectiva, prontuario y programa de una crítica uruguaya que no registra discontinuidades en su atención a la literatura argentina, ERM inicia su historia con esta reseña propia de Poemas 1922-1943, citada en impersonal: "Ya en 1944 se publica en *Marcha* un artículo sobre 'Borges poeta'". Para inmediatamente fechar que es entonces cuando "Murena intenta su primer ataque" (Rodríguez Monegal, 1956, 101). En acto, la ofensiva parricida es zapa de ídolos socavados (cfr. Bioy Casares, 1948; Greene, 1950; Mujica Láinez, 1953) en busca de fango en los pies demolidos, guerrilla de desprestigio de reputaciones críticas. Antes que el poeta argentino, l'homme à tuer será el crítico uruguayo.

ofensivas de una generación que había reunía sus fuerzas en el centro y contornos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad pública de Buenos Aires. Marchaban para tomar por asalto la cercana redacción de la revista *Sur*, y otras instituciones culturales privadas. A diferencia de la nada sartreana, más originaria que la negación, el parricidio no era primario ni axiomático, era corolario secundario, reactivo, nacido de rechazos o reconocimientos injuriosos como retaceos.

Con mayor exactitud, o restricción, un escenario cuyo plató de máxima imantación y atracción gravitacional está en la ciudad de Buenos Aires, y aun en un perímetro porteño extremosamente circunscrito, como único ojo de Polifemo en una cabeza de Goliat.

Una esquina, la de Viamonte y San Martín, epicentro e imán para quienes a mitad de los años 50 hacíamos nuestros primeros pasos en un territorio que sentíamos lleno de promesas y descubrimientos [...] cuadras del centro de Buenos Aires, solo reconocidas como barrio por quienes las frecuentábamos. Sus librerías, bares, galerías de arte, el teatro de Los Independientes en la calle San Martín llegando a Córdoba y en la esquina de Viamonte y San Martín la redacción de *Sur*, todo estaba a una cuadra de la calle Florida, aun no degradada en cambalache.⁹

A la dramática acción de *El juicio de los parricidas* pone fin *el deus ex machina* de septiembre de 1955, que no aceptó pactos previos con el Gobierno ni sus efusivos reconocimientos: no querían sentarse a la diestra del Poder: el sector de las FFAA triunfante en el Golpe tumbó a Perón para sentarse en la cabecera de la mesa.

Auscultados los movimientos desde la Torre de los Panoramas de Rincón 593, frente a la Plaza Matriz, en la Ciudad Vieja de Montevideo. “En esa cuadra estábamos el Hotel Nogaró, el Cine Club Uruguay, la mueblería Porley, el diario *El Debate*, nosotros, y el archivo del Banco Comercial. Como quien dice, la multipartidaria”.¹⁰ “Nosotros” es la revista *Marcha*, esa institución con la que no contaba la generación argentina de 1945, ese (tipo de) publicación de la que nunca llegó a dotarse.

Figuras y grupos, instituciones y convenciones en disputa y en el centro de imputación y administración de los recursos culturales por fuera de la República Oriental. A diferencia del introspectivo mundo regionalista nordestino José Lins do Rego, abolido una década antes de la aparición del folleto de ERM sobre el amargo novelista pernambucano de la caña de azúcar, las voces y ámbitos argentinos son clasemedieros, urbanos, capitalinos, extrovertidos,

9 Eduardo Cozarinsky. *Los libros y la calle*. Buenos Aires: Ampersand, 2018, 21.

10 Hugo Alfaro. *Navegar es necesario: Quijano y el semanario Marcha*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1984.

uropeizantes, universitarios. Los fuegos de la intensa y *nueva generación* de 1945 podían lucir fatuos, pero nunca muertos, ni aun desde Montevideo.

Por primera y última vez, ERM compondrá la narrativa razonada de las determinaciones y los móviles que animan un dinamismo epocal nacional y las políticas de su vida cultural e intelectual en un período limpiamente definido que ni parte de la premisa ni se propone calibrar el valor intrínseco ni fijar una apreciación justa de un autor literario y de su obra.

A quien lo lea como fábula rioplatense, la resultará difícil distraerse de que un tal, después de todo (pero no antes que nada), legítimo, *whimsical misreading*, es derrotero sin norte ni polo en los mapas de un texto que concluye ciego bajo la intuición de una luz, cruel pero no engañosa, que da un giro al llegar a la calle última, de doble mano ambigua: no solo falta toda moraleja oriental *ad usum Delphinorum* ajenos o lección a los desposeídos argentinos, sino que el formularlas, más acá de pronunciarlas, aventura que ERM parece encontrar equívoca, y discurso más lesivo que inocuo, sino que conduciría a generalizaciones extrapoladas a partir de un manojito de datos contingentes.

Las peripecias que conforman la trama de *El juicio de los parricidas* llegan a un final sin conclusión. No la hay en las dos acepciones de la palabra cuando refiere al término de una narrativa: ni desenlace de las acciones, ni deducción de la clave hermenéutica que vuelve transparente la dirección y sentido de las acciones narradas que de otro modo resistirían en su opacidad, ni inducción de esquemas sistemáticos contrastables con disputas homólogas en campos análogos. Ninguna ambición bifocal se trasunta por ninguna de esas dos ambiciones teóricas contrapuestas pero reflejas, que encarnarán dos maestros de una futura generación, sucedida por otras también infalibles en el parricidio erróneo, en una orilla de otra capital extranjera –allí donde un intrépido ERM fundará y dirigirá (desde el *boom* latino al crac parisino de *mayo del 68*) la revista *Mundo Nuevo*–, Michel Foucault y Pierre Bourdieu.

Con un ahínco que nada hurta a la inteligencia en su brío sin desalientos, los innuendos sobre la ley del padre como determinante o *idée fixe* que guiara la crítica literaria y determinara la carrera de ERM han sido un tema sin variaciones de satisfacción aldeana en tres cuartos de siglo uruguayos famélicos. Si esa obstinación aceptara el examen crítico, y buscara remedio a la penuria de pruebas, no las hallaría en un libro en cuyo título todas las palabras sucumben al canibalismo de la que dice el nombre del crimen de la muerte del padre. El parricidio está lejos de ser un principio explicativo general, una llave hermenéutica, una clave heurística, una estructura elemental que ERM empleara para razonar, interpretar, postular un modelo de dirección y destino a los enfrentamientos de generaciones intelectuales sucesivas y antagónicas. O que descubriera o destilara como subproducto instrumental o quintaesencia teórica al cabo de su exploración empírica y su indagación crítica.

En *El juicio de los parricidas*, el *parricidio* es *explanandum*, no *explanans*. Es un dato: ni aguja de navegar cultos, ni cónico espejo de las anamorfosis. Es tipo penal, ni arquetipo ni diagnóstico. Es una metáfora corriente (padre x maestro), que ERM no lleva a sus textos, sino que se la lleva, gastada, del texto de Murena, y se cuida de no reformular. Designa a una acción violenta, un perpetuo pasaje al acto cuya regular repetición violenta. Si le ha prestado una atención creciente, esta parece brotada de la percepción de una singularidad, antes que de un reconocimiento anticipado, o de regodeada consonancia. A lo largo de una década, la acción que narra *El juicio de los parricidas* y quien será su narrador han progresado a compás cotidiano, cada hecho y documento era conocido y examinado sin más demora que la distancia geográfica. Pero el libro no es diario, ni testimonio o registro; la narración de la década comienza recién cuando la década ha llegado a un imprevisto, pero irreversible desenlace.

El Gobierno a la Corte

Si te miras a un espejo, y no te gustas, no culpes al espejo.

Gogol

Cita del novelista ucraniano de expresión rusa, carátula y epígrafe de los créditos de apertura en El Jefe (1958), film argentino parricida



En 1955, *El juicio de los parricidas* concluía en una condena; en 1956, *El juicio de los parricidas* acaba con un sobreseimiento. La causa de los aristarcos intelectuales de la generación de 1945 había sido abierta en el ejercicio de una potestad judicial y jurisdiccional fundada sobre el eximirse por anticipado de presentar más pruebas de su legitimidad que aquellas que de su propia competencia crítica incorporaran al expediente. A pesar de la anglofilia de ERM, y aun si la tal palabra compuesta acuñada en inglés hubiera sido moneda corriente en el Río de la Plata tres cuartos de siglo atrás, nada convida a declarar sin más que el crítico uruguayo, para calificar ese largo proceso decenal en el que los jueces de instrucción mutaron en jueces de sentencia, habría preferido la expresión *lawfare*.¹¹ Que cuadra a los intelectuales para

11 Haciendo a un lado todo experimento contrafáctico, una guerra en nombre de un superior derecho anima ese juicio de los parricidas de 1945 cuyo progreso, largo, pero nunca lento, acelerado año tras año, configura la trama narrativa y dramática del libro de 1956. Porque al atender a las acusaciones de asociación ilícita, emitir las órdenes de arresto de los reos, indagar quiénes son los cabecillas, escuchar testimonios y opiniones expertas, examinar los cuerpos del delito, ni una sola vez fueron humillados los jueces por la servidumbre liberal de la letra muerta del debido proceso y de la defensa en juicio. No era el lastre del pasado o el formalismo de las reglas fuente de la legitimidad de su justicia, sino los horizontes de un futuro liberado de las barreras y la explotación elitista. Como señala ERM, les importan

quienes el juicio, la crítica, el juicio crítico, fueron extensión de la guerra por otros medios y magnicidio con garantía legal. Porque el juicio condenaba a muerte, eran parricidas de sus mayores; porque los (relativamente) menores eran jueces, no eran asesinos. Una cultura que tolera el examen de cerca es una sociedad que ni de lejos se tolera. La generación de 1945 dejaba atrás el fraude patriótico y marchaba igualitaria hacia el sufragio límpido, en 1947 universal. No se lavaban las manos, ni se las ensuciaban; las traían limpias (y blancas). Doblez, corrupción, pereza les eran tan desconocidas como las oportunidades de incurrir o abandonarse a esas pasiones inútiles. Debemos olvidar, insisten, que los jueces fueran más jóvenes que los condenados, que los condenados fueran maestros, que los veredictos liberarían vacantes y que eventualmente los magistrados heredarían de los causantes. Que llevaban su probidad al extremo de no disimular que la sentencia justa haría justicia también para los propios jueces.¹²

La sintaxis de la construcción nominal titular ‘el juicio de los parricidas’ enlaza al nombre singular de una acción el del plural del grupo al que afectarán los resultados de esa acción. Uno y otro sustantivo destacan notorios en el léxico de frecuencia y en la semántica densa de vocabulario y metáforas jurídicas de la generación de 1945 argentina. La fórmula de ERM los alinea en

las argumentaciones, no los argumentos; persiguen el efecto (de justicia) en su realidad que ha de seguir a la ejecución de sus sentencias firmes. La (calidad de la) crítica literaria de los parricidas, a sus ojos, es indiferente a la realidad documentada o documental, a la (justeza de la) interpretación recibida sobre el sentido y significado de cada documento, a (justificar) la cualidad de cada reconstrucción del universo nocional o ideológico de sus autores o de la ‘mentalidad’ de los grupos de interés. Sus conceptos de verdad y realidad son pragmáticos, la mejor respuesta a las preguntas sobre cómo es el mundo serán aquellas que mejor sirvan a guiarnos para actuar en el mundo.

12 El draconiano dramatismo recurrido por los jueces para acaudalar de verosimilitud una actuación que ellos querían exhibir desprovista de teatralidad, regodeo estético, se vio crispado en su vigor persuasivo pero exaltado en exuberante espectacularidad por el obsesivo esteticismo de su torsión existencialista; la causa debía lucir mejor que los rebeldes, no bastaba que procesamiento y juicio los absolviera de su justa violencia, la sentencia debía condenar sin indulgencias excarcelatorias las sevicias de los filicidas. No buscaban la consagración *superstar* de la década siguiente, si no eran guerrilleros, menos *outlaws* anarquistas, románticos bandidos sociales, anómicos delincuentes juveniles. Estos paladines intelectuales eran héroes de la razón dialéctica, su pasión argentina no es historia de crímenes de sangre en estado de emoción violenta. Ante la opción, prefieren una figura de fiscal de la República, como la de figuras radicales (el radicalismo político argentino, partido vuelto irrelevante en la década peronista, está en el *background* de clase media de esta generación parricida), suicidas como Leando Alem, Lisandro de la Torre. Acaso no disgustaría a ERM que se leyera *El juicio de los parricidas* como una novela policial angloamericana. Cuyo período de esplendor, el que se desangra al tiempo que se publican los cuatro artículos de *Marcha*, coincide con el del rutinario vigor de la pena capital. Capítulo tras capítulo, en una policial clásica seguimos a detectives privados (más competentes, más fríos que la policía pública) en su frenesí homicida, que las convenciones del género aseguran que no se verá frustrado. Analizan detalles, papeles y documentos, van publicando en partes su exégesis. Al culminar la composición de un relato, que ofrece una reconstrucción narrativa de un homicidio, si esta es lo suficientemente coherente y convincente, equivale a sentenciar a muerte (cometer un asesinato legal) al autor de un homicidio (asesinato ilegal).

una unidad que admite, sin romperla ni reducirla, un impulso y un freno. El despliegue plenipotenciario de una enérgica crítica literaria segura de su centralidad cultural y social, que se ha dotado de nuevos instrumentos, adoptado nuevos métodos para avanzar en nuevos territorios, fijado nuevos derroteros y una misión de visibilización sin filtro, pero sin pasos perdidos, sin soledad confusa, siempre inspirados por el espíritu de geometría, la brújula, que cifra liberadora, de dar muerte a un padre.

‘Parricidio’ y ‘juicio’ son figuras de mucha figuración en textos del primero y último de los parricidas, iniciático y final si juzgamos por su doble colocación, ‘en anillo’, en el libro de ERM Bautista y Evangelista que, una vez hollada, jamás abandona del todo la escena en el curso de la historia que cuenta el crítico oriental, Murena fue panegirista de virtudes y ventajas del parricidio sin mala fe.¹³

En ‘el juicio de los parricidas’, los parricidas juzgan y condenan a integrantes de una generación mayor; en *El juicio de los parricidas*, los parricidas son juzgados. En el sintagma ‘el juicio de los parricidas’, la construcción preposicional ‘de los parricidas’ es ambigua, designa, simultánea o alternativa, dos funciones que no son solo excluyentes sino contrapuestas, las de genitivo subjetivo y genitivo objetivo. Ocasional redactor de perdurables exposiciones sumarias de crítica cultural de T. S. Eliot,¹⁴ estudioso del New Criticism, ERM sabe distinguir una tradición cuando la ve –y sabe cuándo no es de ellas que se ocupa el talento individual. Esto ocurre cuando el núcleo nominal subordinante es un sustantivo deverbativo (*The Name of Action*, como la novela de Graham Greene de 1931) y el núcleo nominal del término subordinado designa a personas o personificaciones (*Agents and Patients*, como la novela de Anthony Powell de 1936). En ‘el juicio de los parricidas’, o bien juzgan los parricidas (genitivo *subjetivo*, ellos son jueces, son el sujeto que juzga y sentencia) o bien juzgamos a los parricidas (genitivo *objetivo*, son juzgados, son el objeto nuestro veredicto judicial).¹⁵

13 El primer parricida será en 1975 el primer suicida en la generación argentina de 1945, treinta años después de la publicación de *El juicio de los parricidas*. Murena se dará muerte en Roma, pero solo después de haber conocido solo satisfacciones a la medida máxima que sirviera de horizonte móvil a cada una de sus aspiraciones de intervención cultural.

14 Emir Rodríguez Monegal. “Discusión en torno a uno de los Borges posibles”. *Marcha*, n.º 468, 25 de febrero 1949.

15 En el primer número de *Contorno* figura una reseña de la novela *Los ídolos* de Manuel Mujica Láinez. Los protagonistas de esta ficción quieren encontrar al autor (autoexiliado en el Reino Unido) y descubrir la figura en el tapiz de *Los ídolos*, esotérico, posromántico, inhallable poemario ‘de culto’ de la generación anterior (la de 1937), obra de arte imaginaria de un artista imaginado, hápax de Lucio Sansilvestre, padre que engendró hijo perfecto pero único. No es fatal que la violencia parricida resulte letal, no siempre tienen éxito, pero la piedad filial mata al hijo varón. Generaciones sucesivas, padres, maestros, magos, ídolos, jefes, la *pietas* filial y el parricidio mítico, el páramo y la piedra, la muerte y la transfiguración.

La narración no es contemporánea a las peripecias de su narrativa. La crónica de diez años será publicada en el semanario *Marcha* en cuatro entregas a lo largo de tres meses, pero ya consumada la puntual década que se puebla en octubre de 1945¹⁶ y se deshabet en septiembre de 1955. Pero ERM no es un historiador de la literatura o la cultura que investiga en el presente, con los documentos más pertinentes que pueda reunir y seleccionar, una época abolida. Es un observador participante de un desarrollo de Buenos Aires desde la orilla de Montevideo. Es un coetáneo, un espectador en una intriga en la que a veces interviene. Pero solo es actor cuando la acción, no el espectador, cruza el Río de la Plata. Cuando a un acontecimiento sigue otro, la acción avanza, o la trama se complejiza, imbrica. No es una larga duración, pero ERM puede dar el testimonio de quien la sigue cotidianamente. No es, empero, un testigo ocular. Es un lector; ha seguido, mes a mes, las entregas de las publicaciones periódicas de los medios culturales argentinos, o las secciones que le dedican medios más amplios, ha reparado en diferencias de lenguajes, vocabularios, léxicos, contraseñas, que permite idear colectividades entre sus respectivos usuarios diferenciales, distinguiendo a su vez, según intensidades y densidades, afiliaciones y fratrías más o menos complotadas sobre sí.

Confronta lo que cada intelectual escribe, refiere las polémicas, perfila las revistas y sus interacciones. En el texto de *El juicio de los parricidas*, ERM se inhibe de describir lo que no ve. Solo ve las revistas, y libros, que eran por entonces casi iconoclastas; no incluían ilustraciones, y ni contenían, ni circulaban, retratos fotográficos de los autores. Si los personajes son invisibles, tampoco hay escenografía. A diferencia del Génesis y de la novela realista, donde la Geografía precede a la Historia, ERM es aquí historia pura, pura temporalidad. No hay retratos físicos, ni psicológicos, ni sociológicos; ninguna caracterización del espacio urbano desde donde los parricidas de 1945 complotan, operan, libran sus ataques. De la *race, le milieu, le moment*, *El juicio de los parricidas* restringe su usufructo a la microscopía de los detalles, a la *petit moment, la petite histoire*. Que el cisplatino detectaba en su lectura, sin aceptar guía o confirmación en el rumor, el *ouï dire*, el chisme, los gritos y susurros de cuya veracidad no había por qué dudar, entre las ondas largas y cortas, las intermitencias del desinterés ambiente de las otras voces del “folklore” argentino. A una obra sobre la que nos informen que reúne tal sumatoria de limitaciones o carencias, deliberadas o involuntarias, a las que podrían añadirse otras, no sería irreflexivo augurarle un carácter a su vez limitado, provisorio, revocable, sumario, desperejo, esquemático, pero no sintético, y con una proliferación, en un rango entre lesivo y letal, de errores, omisiones, inexactitudes, malos entendidos.



16 Según indica acaso el más notable, pero el más reluctante, de los camaradas de ruta de la generación argentina, “fue la fecha del 17 de octubre de 1945 –que me sorprendió por cierto muy pasados los quince años– la que marcó también para mí, como en la canción de María Elena Walsh, el ingreso ya irrevocable en la intemperie de la historia” (Halperin Donghi, 2006, 8).

Hay un cúmulo de informaciones, históricas, geográficas, culturales, institucionales, literarias, y aun biográficas, asequibles en fuentes públicas en 1955-1956, y de las que ERM se desentiende, como también de las tareas que escogidos marcos teóricos le demandarían; hay un cúmulo posterior, masivo, creciente, ininterrumpido, de información sobre esa generación en esa década, que para sus integrantes –los protagonistas del libro- fue la primera de carreras de intelectuales profesionales notables por ignorar el fracaso rotundo: si conocieron el eclipse, el exilio, les fueron extranjeros el retroceso y la infamia. En particular, es sobreabundante la literatura evocativa, autobiográfica, autoficcional, novelizada, escrita, oral, audiovisual, de memoria solícita o solicitada, de esos mismos protagonistas, revisionistas de sí y de un peronismo cuya meteórica, irreversible rehabilitación merece en el horizonte de 2022, de los dos únicos sobrevivientes entre los protagonistas de ERM, la repulsa de Juan José Sebrel y el beneplácito de Noé Jitrik.

Un programa de *close reading* sin desvío ni desliz

A quien lea *El juicio de los parricidas* y se ocupe por enlazar cada juicio de ERM con textos no citados ni aludidos o posteriores, le será engorroso hallar o refutaciones o esclarecimientos que releguen a su antecedente al papel de necesario, pero primario, borrador. Sí se la ha reprochado que en vez de este libro, no hubiera escrito más bien otro. Seguramente ese otro, que nadie escribió, estaría libre de las imperfecciones que a ERM manchan por tampoco haberlo escrito.

A las pocas páginas, ya sabemos que en las que sigan no se nos hablará del mercado, del público, de las editoriales, del público lector, de las clases sociales, el status, los partidos políticos, el sindicalismo, los orígenes de clase de los personajes, de su estado civil, su domicilio, sus padres biológicos y sus familias de origen y de orientación, sus costumbres sexuales, su religión, su clasificación racial o étnica, su profesión, sus ingresos, de la financiación de las publicaciones, de las instituciones, de la profesionalización del escritor o intelectual o universitario, de las masas y los medios de masas, del cine, de la radio, del teatro, del régimen peronista (que no es en absoluto escamoteado, pero para rehusarle toda determinación positiva, y si es restrictiva, lo es solo a cambio de pacífica tranquilidad, no de activa represión), de la Guerra Civil Española, de la Guerra Fría, de Bolivia o de Guatemala, de las lecturas o bibliotecas de padres y parricidas, de sus ideologías, de qué libros circulaban y cuáles no, de qué idiomas leían y cuáles no, de las políticas de traducciones, de la cultura política oficial y *contrera*, del culto a la personalidad (no está mencionada Eva), de las tensiones entre Buenos Aires y las provincias, y aun en el ámbito de la literatura, de todo cuanto esté por fuera de padres y parricidas.



De la narrativa de *El juicio de los parricidas* es posible inferir una explicación consistente de cuanto se ha narrado sin recurrir al plexo de determinaciones hechas a un lado, o más bien calladas. De convocárselas, coadyuvan más de lo cuestionan o siquiera relativizan los planteos de ERM.

Hacia el final del libro, ERM deplora que a ni parricidas ni apologetas de Ezequiel Martínez Estrada ocupe el que considera como uno de sus más felices logros, el dedicado a W. H. Hudson. Lo lamenta, pero no lo sorprende. Más acá de la figura del autor de *The Purple Land* (1885), de que “en la pampa, los únicos que escriben son los viajeros ingleses”, de que “en estas tierras claras, octubre y no abril es el mes más cruel”,¹⁷ mueven al desaire dos ágiles resortes, perspectiva focal y enfoque genérico de *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (1951): la ensimismada, reconcentrada ecuanimidad de una *biographia literaria*. Género crítico y punto de vista irénicos de los que solo en señaladas ocasiones excepcionales se ha desviado en sus libros ERM. Y aun esos acontecimientos, como el inicial *El juicio de los parricidas*, se abstienen, según una ética de la repugnancia antes que de la equidistancia, de toda hipóstasis literaria de un colectivo. ‘Independiente no neutral’, extranjero íntimo, cronista ‘éxtimo’, ERM descrea de toda biografía que no sea personal, o interpersonal. Aun figuras concitadas en el texto por única vez, deben la convocatoria a su precio de protesta y paradoja, no a su valor de ejemplo y respaldo.

Cuando el primero de los cuatro artículos compilados y recapitulados se publica en *Marcha* en diciembre de 1955, ya un golpe militar había desistido del extremo del parricidio cuando derrocó al padre del peronismo; cuando se publica el cuarto, en febrero de 1956, en la escena y detrás de ella hay espectáculo de relaciones intergeneracionales no por efímeras menos promiscuas, entre padres, entenados y parricidas, que aprenderán sin maestros, al recibir el concurso espontáneo de enconados fraticidas, que el único parricidio a prueba de rehabilitaciones es el que se comete en familia.

Los años de la generación de 1945 argentina que ocupan a ERM tienen su *terminus a quo* ideal en el 17 de octubre del 45 y su *terminus ad quem* en el 16 de septiembre de 1955. Es el arco de lo que hoy llamamos el peronismo clásico, un período que los parricidas, consumada la Revolución Libertadora juzgaron más abolido de lo que parece juzgarlo ERM. En el libro, hay algunas agudas, insidiosas, comparaciones con la Francia de 1940-1944.¹⁸ Tulio

17 Piglia, Ricardo. *Crítica y ficción*. Barcelona: Anagrama, 1986, 119.

18 Para el grupo que desde 1945 administraría *Les Temps Modernes*, Alemania derrotada dejaba libre a Francia y más libre a París, sin la *Nouvelle Revue Française*, Drieu suicidado, Céline fugado, Brasillach fusilado. Pero la revista que habría de ser el modelo no solo de *Contorno* iba a fundarse, difundirse, a pura prepotencia de trabajo, y su grupo serían escritores y escritoras profesionales, independientes gracias al mercado del libro y de la prensa, que no competía con otros medios todavía, y además la producción de ficción audiovisual había incluso retrocedido con respecto a una década atrás, y demoraría en remontar. En cambio,

Halperin Donghi, colaborador de *Contorno* en los números posteriores a la Caída, y precisamente con un examen de la *vexata quaestio* de peronismo y fascismo (Halperin Donghi, 1956), aceptará y prolongará el parangón

Mientras el lector de Simone de Beauvoir en *La Force de l'âge* encuentra difícil no advertir que, para ella como para Jean-Paul Sartre, tanto la llegada como la involuntaria partida del ocupante alemán no podían haber ocurrido en momento más oportuno, la autora esquivo con obstinación análoga a la nuestra alcanzar esa conclusión sin embargo obvia.^{19 20}

El golpe de Estado tiene la fuerza de una Revolución, la ciudad vive relaciones sociales nuevas, y el ensanchamiento del campo laboral para la cultura, que durará al menos hasta 1966 en su vertiente pública, pero no frenará sino una década todavía después, no conocerá ni conocerá parangón, sostenido, por detrás de las decisiones, indecisiones, y recomposiciones políticas, por un ciclo de reactivación o bonanza económica que, nuevamente, como ERM también apunta para la generación de 1945, era una seguridad que se daba por sentado con beata despreocupación.

Como era *Gostoso o meu Ancêtre*

Diez años de guerrilla parricida habían hecho poca mella en los padres y maestros, y en 1955 recibían ulteriores honores del Estado. Que sin embargo no había coartado, sino dejado medrar la industria editorial, que publicaba los resultados del trabajo de investigadores que, como José Luis Romero, no tendrían cabida en las editoriales universitarias. Pero estas a su vez se retiraban de la competencia, y publicaban cada vez menos obras originales.²¹



en la Argentina, el golpe del 55 significaría, para la generación de *Contorno*, el pasaje de la diplomática ambigüedad peronista a la benevolencia libertadora y la conscripción frondicista. En una refutación de Murena que cita ERM (Rodríguez Monegal, 1949, 13, n.º 2), Carlos Mastronardi había aludido a la ironía providencialista del 1944 parisino, primer motor móvil de intelectuales inmóviles como Sartre, “el escritor consabido, el evidente filósofo de la Francia desocupada” (Mastronardi, 1948).

19 Tulio Halperin Donghi. *Argentina en el callejón*. Buenos Aires: Ariel, 2006, 9.

20 En una extensa, ajustada *biografía literaria* de la carrera del historiador José Luis Romero, nombrado rector de la Universidad de Buenos Aires en 1955, Halperin (Halperin Donghi, 1980) había ya aclimatado en el Plata la observación de ERM, con una vuelta de tuerca en este revés feliz de una trama tan odiosa. El peronismo no podría haber comenzado y terminado en más oportunas fechas para el desarrollo intelectual, la actividad historiográfica y editorial privada, y la promoción universitaria e institucional estatal, tanto en la docencia, investigación, gestión, y toma de las decisiones más trascendentes sobre la dotación de recursos humanos para las más importantes casas centrales de la ciencia en la Argentina, que la década 1945-1955 que inicia con el empoderamiento y concluye con el despojo de Perón y su partido.

21 La Universidad, puntual en el pago de docentes con n.º de afiliación al Partido de gobierno, dadivosa de empleos públicos que eran un beneficio laboral vitalicio más, tenía la diligencia en el cumplimiento de sus funciones mucho antes de responderse si le

A partir de 1955, una relativa (e irónica) autonomía universitaria y la expansión del mercado editorial garantizarán a la generación de 1945 ámbitos de acción y desarrollo propios, donde los espacios públicos y los privados, cuando se ofrecían pacíficamente a su obrar en los sectores de las respectivas vocaciones, se potenciaban unos a otros, pero siendo interconexos sin ser co-dependientes, permitían retiradas del público al privado según la peripecia de apuestas políticas en las que arriesgarán montos cada vez más altos (sin

burocráticamente correspondía imprimir con su sello volúmenes de autoría individual fruto de investigaciones académicas de parva proyección nacionalista; las editoriales porteñas de prestigio iberoamericano desconfiaban de peronistas. Estas exclusiones, señala ERM, no son alternativas sino simultáneas para la generación de 1945: sin empleo público, sin carrera universitaria, sin acceso al circuito de editoriales (salvo para producción erudita con sanción exterior, como aquel libro de Halperin, sin la revista *Sur* (que desagrávia a Borges), sin el diario *La Nación* (donde es Mallea el director del suplemento cultural dominical), sin el predicamento de ‘chef de file’ de la disidencia como Martínez Estrada, solo la muerte puede iniciar el proceso de la sucesión. El parricidio es un combate lento, sin traición, de frente, y siempre dispuesto a aceptar una rendición, por condicional que sea. En esa Realpolitik quedaba fuera, por ociosa, la contingencia revolucionaria. Como en los dos filmes que guionará Viñas, hasta último momento creerán en que *El Jefe* (1958) evadiría siempre el control y la fuerza y que cualquier desafío electoral de quien se erija como *El candidato* (1959) se vería derrotado sin fraude porque las clientelas de ese poder no están insatisfechas con la solitud con que se las trata en la comunidad organizada para dispensarlas de sacrificios. Y aun de la incomodidad de defender al Jefe cuando fue absolutamente privado de su poder absoluto. Si en Uruguay ha ingresado en el vocabulario la fórmula ‘generación del 45’, en la Argentina lo ha hecho la fecha ‘el 45’, irrepetible en el siglo en su simplicidad porque en septiembre de 1955 se repitió el alejamiento de Perón de su cargo, por obra también de las FFAA, pero faltó la reacción popular. Encerrados en un laberinto del que buscaban salir matando o pactando con el Minotauro, súbitamente vieron irrumpir la luz y romperse los barrotes del techo: el cielo por asalto. En las últimas páginas de *Son memorias*, un Halperin memorialista llega al último día del Peronismo y primero de la Libertadora. Ramón Alcalde, por quien ERM en *El juicio de los parricidas* solo registra aprobación y a quien dedica dos páginas de escalofriante exactitud admirativa por su “claridad mental”, la “precisión que jamás tendrá Murena”, su “análisis incisivo”, la “nitidez de su examen” (Rodríguez Monegal, 1956, 20, 95-96 a propósito de Alcalde, 1956), le da cita a Halperin, que recorrerá una Buenos Aires desierta, en la puerta lateral de la Facultad de Derecho “abandonada por sus autoridades” (Halperin Donghi, 2008, 298). El exseminarista jesuita se ha agenciado –misterio, milagro– las llaves del monumento universitario cuya arquitectura había calcado, no demasiados kilómetros más al sur, sobre la misma avenida, la Fundación Evita. *Paris nous appartient*: “terminamos formando grupos un poco al azar en las acogedoras oficinas de sus numerosos institutos” (Halperin Donghi, 2008, 298). Sin la intervención militar, nunca habría existido con tal velocidad, o nunca habría existido, en tiempo y forma, un José Luis Romero *rector magnificus* de la Universidad de Buenos Aires 1956, un Halperin también autoridad decana en el Litoral, un Noé Jitrik secretario privado del Ejecutivo en tiempos de la presidencia de Arturo Frondizi, un Alcalde ministro de Educación santafesino en los mismos años, además de profesor de Griego en Rosario junto a un David Viñas y a un Adolfo Prieto también profesores y directores de Instituto en la misma Facultad, Oscar Masotta, sin exigirle grado académico, convocado como docente en la Facultad de Arquitectura, y colaborador de la *Revista de la Universidad*. “Es curioso lo bien que nos ha ido a todos” (Halperin Donghi, 2006, 8), resume Ernesto Laclau, ya transformado en celebrado pensador posmarxista, en gira de conferencias desde su base londinense, tras echar una mirada circular a la sobria elegancia del comedor del Faculty Club de Berkeley: “un comentario que me pareció menos inexacto que vagamente sacrilego” (Halperin Donghi, 2006, 8).



perder todas las apuestas, como les ocurrió con su actuación durante frondicismo), pero también acumularán el prestigio que les tenderá, caída toda la nación y derrotadas todas su facciones de pertenencia, puentes hacia espacios profesionales en el resto de América, Europa y EE.UU. El exilio era inevitable e involuntario, pero quienes debieron enfrentarlo debían admitir que también habían sido inevitables e involuntarios los cambios que los desplazaron hacia delante desde cuando la Revolución Libertadora comenzó a movilizar las carreras de estos parricidas. Pero este parricidio, según funda su juicio, su sobreesimiento, lo fueron en una situación histórica única. Concebir la producción crítica e intelectual más brillante y polémica de la generación argentina de 1945 como soluble en la regular dialéctica filiada en el *Culte du Moi* de generaciones sucesivas que quieren ser sucesoras (*ah, que le Moi est aimable*) o en el ajuste de cuentas con la tradición afiliado en el *souci de soi* de un programa estético político bien encaminado a ahogar las influencias con las armas blancas de la ansiedad (*l'auteur est meurtrier*), insiste ERM con una insistencia insuficiente si la juzgáramos por los despojos que jalonan la vía regia de las lecturas provocadas por este libro, es un salvoconducto para renunciar a comprender el macizo imperio firme de trabadas contingencias.

Martínez Estrada recuperó pronto sus fueros. Y se volvió aliado, el tabú devino tótem. Al principio validados como antiperonistas por los vencedores, los integrantes de la generación de 1945 vieron abrirse puertas que habían sido solo entreabiertas cuando eran considerados tan contreras como el resto de la asordinada oposición. Sebrelí, Viñas, colaboraron en *Sur*, Ismael y su hermano, en la revista *Ficción* (fundada y financiada por Juan Goyanarte, el renunciante administrador de *Sur*), Murena los buscaría para fundar *Las ciento y una* (revista que se agotará en el primer número, y Murena será el nuevo administrador de *Sur*, hasta ser destituido al descubrirse un desfalco).²² De ahí se desplazarían a un antiantiperonismo, del que Martínez Estrada había dado el primer grito de alarma ante derivas autoritarias del gobierno militar que extraía su justificación de su triunfo sobre la 'segunda tiranía' y del restablecimiento de la Constitución políticamente liberal de 1853. *El juicio de los parricidas* es segundo volumen en una colección "Aquí y ahora" que tenía por primero *Cuadrante del pampero* (1956) del propio Martínez Estrada. Redivivo como panfletista de probado oficio, fue la reencendida tea de Martínez Estrada la que sedujo de inmediato a la generación antes parricida: a la *intelligentsia* cómplice (como opositora al peronismo, como oficialista tras el Golpe), opacar con las luces verdaderas en las inteligencias incipientes. En una operación doble, de bienvenida contradicción, Sebrelí dedicaría su primer libro, *Martínez Estrada, una rebelión inútil* (1960) a la crítica del autor

22 En el único pasaje de *El juicio de los parricidas* en que se aparta de las fuentes escritas, ERM llama "folklore" a la explicación de que esta revista que publicó un solo número se discontinuara por la resistencia eficaz de una figura de la generación anterior a verse criticada en las páginas que no llegaron a imprimirse.

de *La cabeza de Goliat* (1940), y su segundo y mejor libro, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964), a la emulación de ese libro, el segundo de Martínez Estrada. Suspendido el parricidio, la rehabilitación de Viñas irá hasta erigirlo como 'padre y maestro mágico', precursor personal y nacional, y ya no lo retirará de ese altar que sin embargo incorporará después a Rodolfo Walsh como santo, mártir, y hermano de sangres derramadas. Martínez Estrada es a la Argentina lo que Jean-Paul Sartre a Francia y Arthur Miller a EE.UU., reiteraría Viñas una y otra vez.

El caso de Eduardo Mallea es el único donde el repudio cerrado y la anti-*patía* temperamental de la generación de 1945 lucen suficientemente mortíferas. La muerte de Mallea, medida por la atención crítica y valoración que se le concede, por su visibilidad en las preferencias del público, se verifica consumada. Más aún, tan consensuada ha sido su cancelación, que deslucen retrospectivamente la epopeya de la generación de 1945: su inferioridad lo habría hecho un rival fácil, y su derrota una batalla sin lucha. Es tal vez el autor argentino sobre quien encontremos predicados, con mayor frecuencia, errores de hecho y descuidos en la información. Basta ver en un estante de biblioteca los libros de Mallea, para contradecir materialmente el juicio de León Rozitchner, que ERM sintetiza, cuando define al autor de estas miles de páginas como un señorito altanero, caprichoso, espiritualizante, desafecto al trabajo y sus desgastantes rutinas. Sin horarios absorbentes de trabajo, todos esos volúmenes no se habrían redactado. Basta abrir alguno de esos libros, y seguir la sintaxis compleja, o simplemente complicada, de cada frase, párrafo, página, capítulo, su ilación sin sobresaltos, ni rupturas, ni escollos, para desechar que su autor sea el monomaniaco, reduccionista doctrinario de la Argentina invisible. Que la obra de Mallea haya sido juzgada, título a título, como desapareja en su nivel de calidad atribuida, es rasgo constitutivo, no defecto común, en toda producción novelística regular y abundante. Y esa desigualdad también puede estipularse entre zonas de un solo volumen extenso, como lo hace ERM con *La bahía de silencio*. La impugnación de Mallea, según constata ERM con escéptica incomodidad, procede *with a careful avoidance of particulars*. Si en 1956 a ERM asombraba la *damnatio memoriae* de la novela de 1940, tres cuartos de siglo más tarde la perplejidad se redujo a perspicacia. Hoy dibuja neta *La bahía de silencio* su estación en una serie de novelas muy argentina de crispadas discusiones de intelectuales entre *El mal metafísico* (1916) de Manuel Gálvez y *Dar la cara* (1962) de Viñas o *Respiración artificial* (1980) de Ricardo Piglia. Puede descalificársela por su ejecución, pero no anularla por su concepción, porque comparte los mismos principios compositivos que Viñas o Piglia. ERM anota también que a los reparos de Murena a "la *nouvelle Chaves*" falta cualquier nexo con el texto de Mallea. Apunta como errónea la interpretación de Murena del silencio del personaje como una introspección existencial, una sugerencia metafísica; el silencio de Chaves, reinterpretado, es lo que luego habría de llamarse la mudez

del subalterno. Es el mismo silencio que ostenta en su título *Le Silence de la mer* (1942), la novela de Vercors sobre la resistencia sin palabras al ocupante nazi de la Francia de 1940. En el contexto pos-*boom*, el crítico español José María Valverde definiría a las tres primeras novelas de Murena como ‘hipermalleanas’,²³ como si la sola superación que el autor concibiera para una poética que no puede dejar de tasar como totalizadora fuera la enérgica y decidida exageración positiva de sus constantes y sus preceptivas para darle al fin esa consumación para la cual el autor de *Todo verdor perecerá* (1941) se había demostrado tímido si no insuficiente.²⁴

Es iluminador que en *Borges y la nueva generación*²⁵ uno de los primeros libros sobre el autor, Adolfo Prieto se desentienda, según remarca ERM, de las discusiones sobre un valor intrínseco o duradero de sus textos, para encarar con coherencia su tema. Prieto quiere descubrir cómo liberar, del cautiverio que la lectura y el magisterio crítico de Borges imponen, a un público inmóvil. Y sin embargo, podría abandonar el quietismo, alertarse a solicitudes nuevas, dado que cuenta con sobrada competencia cultural. Pero le falta disposición, orientación política para el compromiso, inmovilizado por una excelencia de cuya irrelevancia Prieto no necesita más prueba que ese mismo inmovilismo que Borges a la vez promovería y sorbería como nutriente.²⁶ Es un

23 José María Valverde. *La Literatura de Hispanoamérica*, vol. 4 de Martín de Riquer y José María Valverde, *Historia de la Literatura Universal*. Barcelona: Planeta, 1974.

24 Para la muerte en vida de Mallea fue más letal el veneno del fratricidio del grupo de Adolfo Bioy Casares y Borges, que el parricidio planeado sin concesiones por la generación de 1945. Los motivos no eran solo, o no eran en primer puesto, literarios. Siguiendo las sugerencias de ERM, se ha indagado (Grieco y Bavio, 2006, 59, n.º 19) el recurso a *Chaves* en el cuento de Borges “El evangelio según Marcos” (1970) y el saludo de Mallea (y de Borges) la nouvelle *La inundación* (1944) de Martínez Estrada. Un somero cotejo del ensayo de Mallea *La vida blanca* (1960) y de su lenguaje, con el lenguaje *Memoria sobre la pampa y los gauchos* (1970), ensayo de Bioy Casares, reconocerá en este segundo la “Comunicación y servidumbre”, título que dio Rozitchner a su extenso ensayo crítico antimalleano, monótono sin ser repetitivo, sin digresión o discontinuidad en una antipatía sin quiebre, relajo o fisura (Rozitchner, 1955, 27-35).

25 Adolfo Prieto. *Borges y la nueva generación*. Buenos Aires: Letras Universitarias, 1954.

26 David Viñas solía referir con regocijo el reproche de Augusto Mario Delfino, hombre de *La Nación*: “¡Pero si Arlt es un escritor que se vende en los kioscos!”—varias veces se lo oyó el autor de esta nota. A Roberto Arlt “*Contorno* dedicó un número que no he podido ver” (Rodríguez Monegal, 1956, 10). El Arlt ‘de los kioscos’ es el de la prensa de masas; particularmente dotados para la crónica, en la generación 1945-1955, “sacudida violentamente por la ascensión y la dictadura de Perón” (Speratti Piñero, 1957, 413), podían admirar pero no emular al autor de *Aguafuertes porteñas* (1933): como advirtió con perspicacia ERM, el problema insoluble de los parricidas era la minusvalía editorial (Rodríguez Monegal, 1956, 7, 8). Era también, la de Arlt, muerto en 1942, una popularidad pretérita. Los kioscos, sin embargo, no estaban vacíos de libros. Pero la generación de 1945 nunca hace foco en que Borges y el grupo en torno a Bioy Casares también fueran activos promotores de literaturas (fantástica, policial, de aventuras, de ciencia ficción), en proyectos de ediciones de grandes tiradas, que se vendían con éxito sin altibajos. La colección de policiales “El séptimo círculo” dirigida por Bioy y Borges para la editorial Emecé durante los años de la década parricida y peronista (1945-1956) publicó 136 novelas angloamericanas, dos argentinas y una uruguaya. La literatura popular ‘de género’, al no concitar la reflexión crítica, contribuía con un coeficiente de deformación en la imagen de maestros tanto más resistentes así al arsenal parricida.

plan de evasión frustrado, y la liberación vendría con la Libertadora. A esto se añade un adverso milagro personalísimo, pero cuyas impersonales consecuencias en la historia literaria volverían al lado de la sombra proyectada por la Caída en una zona de oscuridad solo visible cuando se hizo total. De 1953 es “El Sur”, último cuento que Borges escribe a mano; a partir de entonces, dictará a amanuenses. Hecho fortuito, no podría haberse desprendido de sus ojos la retina en fechas más convenientes para la generación de 1945. Perón prófugo y Borges ciego. Ni desearon, ni previeron; tampoco agradecieron; en nada salieron perjudicados.²⁷

Jefes, candidatos, vencedores e invencibles

Dios, dice el Libro de Job, no necesita las mentiras de los hombres;
Sófocles no necesita los cumplidos de los helenistas.

María Rosa Lida, Introducción al teatro de Sófocles

Para los parricidas, se abre, en el horizonte histórico del filo final del libro, expuesto ya el trampantojo de la *illusion comique*, un gran teatro del mundo que los reclama, y que reclama Jefes y Padres. Si del don de profecía dependiera (como depende) la autoridad crítica, en 2022 solo el desconocimiento de aun los trazos más gruesos del protagonismo cultural posterior, americano y transatlántico, de los integrantes de la generación de 1945 retraería de su adjudicación, en grado pleno, a *El juicio de los parricidas*. Como documento histórico, es irremplazable, y no puede ser remplazado. Su método, en cambio, no es inimitable, y puede ser replicado. Tampoco es arduo como el de Carlos Real de Azúa, desaconsejable sin el *lungo studio* de una erudición laboriosa; el proceder de ERM es intuitivo, abierto, democrático y aun demótico.

Que a las formas críticas practicadas por ERM, de un método cuyo valor



27 A partir de 1955, la obra de Borges se volvería centralmente ‘poética’, aunque además de versos dictara cuentos largos, narraciones breves, apólogos. Ya no era ‘prosisista’, y, en una impostación que sería tan abusivo llamar calcada como alegar diferente de la del Sartre de 1947, la poesía era un país neutralizado para esta generación de 1945. Además de prólogos, enciclopedias temáticas, sustantivas introducciones a literaturas, autores, obras, en una tónica epocal de crecimiento del público culto, y en las que Borges crítico se volvía portador de una mediación, drenaje en castellano idiomático de una biblioteca de lecturas en lenguas extranjeras o tradicionalista testimonial de una cultura popular oral que lo legitimaba en su calidad de superviviente. En esto, Borges se volvía solidario de la generación de 1945, que emprenderá o participará en variadas, generalmente incompletas por fuerza de interrupciones, empresas de comunicación autorizada de historias de la literatura, la cultura, y la sociedad y política argentina y americana. Las áreas de experticia no se superponían (en la misma editorial Columba, dedicada a la difusión cultural, donde Borges publicaba Introducciones a las literaturas inglesa o norteamericana, Oscar Masotta publicaba su manual de Pop Art), pero la yuxtaposición favorecía a unos y otros.

es independiente del que decidamos atribuir a cada uno de sus asiduos usos circunstanciado, y que no deriva ni de los mejores de estos ni de su promedio, encontremos pocos ejemplos de descendencia si los buscamos en un panorama historiográfico de la crítica literaria uruguaya, rioplatense o sudamericana posterior a 1985, mientras que al confirmado soltero Real de Azúa asista prolífico linaje de simulacros putativos no siempre huérfanos de reconocimientos es un balance que podemos auditar, y abstenernos de dar otra cuenta. Cuadro sin claroscuros ni *sfumato* pero no sin matices o *particolari*, finito cuanto era non-finito, abiertas a más amplia *veduta* todo vidrio oscuro, ERM compuso el texto desalhajado de una dramaturgia espectacular.

Cada ocasión en que este drama sube de nuevo a cartel es una nueva puesta en cartel. En un ensayo general (*répétition*) que no se repite, en una marcha que se reanuda (*reprise*), que repone (*remise*) la puesta (*mise*) en causa, figuras de escasa figuración –no siempre creciente, no siempre decreciente–, estos cuatro ensayos argentinos del crítico uruguayo vuelven a ser ensayados. Reunidos en forma de libro en 1956, refractan una lucidez cada vez menos engañosa, una luz cada vez más cruel. Volvemos a *El juicio de los parricidas* y a ERM como a una escena de lectura en la que vemos entrar y salir a un único, centenario lector: tan fascinado, tan fascinador.

.....

